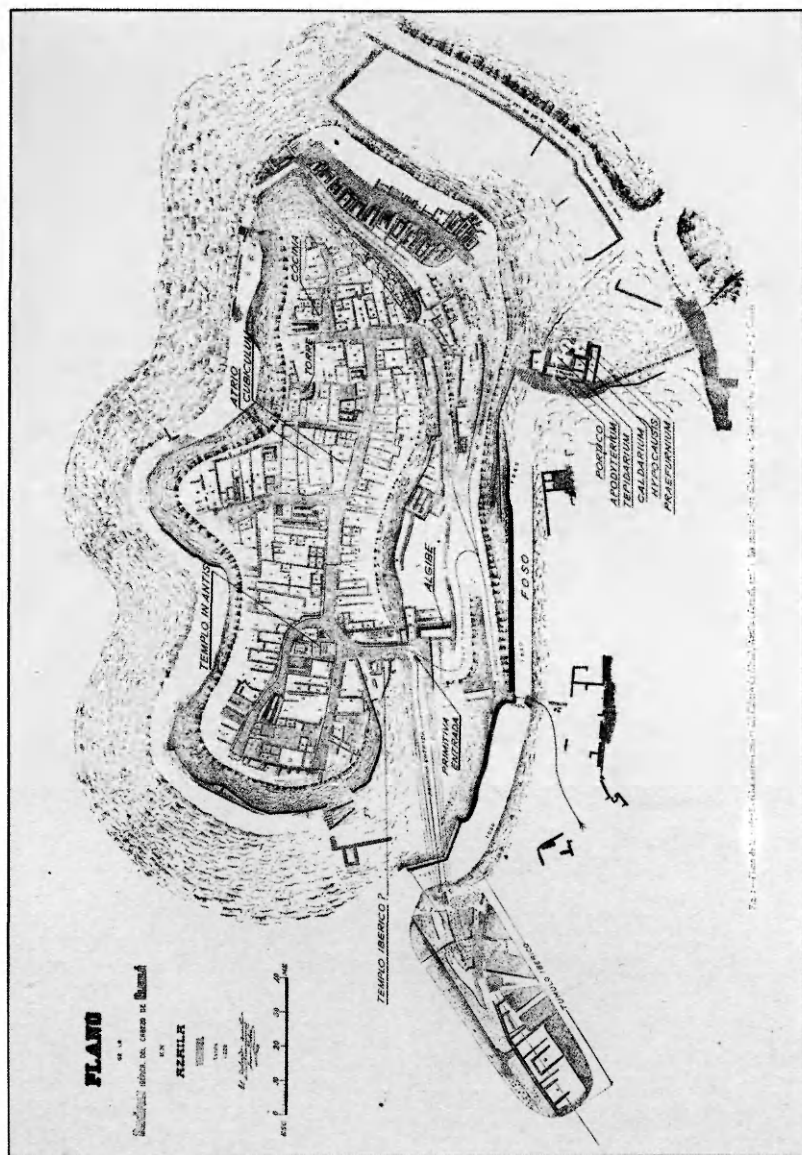


## **6. LA EPOCA IBERICA**

POR

FRANCISCO MARCO SIMON



Plano de la acrópolis celta, ibero-romana del Cabezo de Alcalá, Azaila (Teruel), según J. Cabré.

El período que se inicia aproximadamente a mediados del s. V a. C. ha sido definido, de forma no enteramente satisfactoria, como la II Edad del Hierro. Caracterizarían a esta etapa el uso generalizado de aquel metal y una formidable expansión de los celtas, expresable a través de la cultura de La Tène, cuyo dinamismo sólo pudo frenar la potencia ascendente de Roma. Para la España mediterránea —y concretamente para Aragón— se asiste entonces a un proceso de aculturación que se conoce con el nombre de *iberización*, sobre la relativa unidad cultural de carácter hallstättico conseguida a fines de la I Edad del Hierro.

Una serie de rasgos caracterizan a este periodo y a la cultura ibérica. Es entonces cuando las fuentes clásicas griegas y romanas comienzan a informar sobre los pobladores indígenas, que, de esta forma, entran decididamente en la Historia. Diversos autores aluden a los iberos como a pueblos asentados entre la desembocadura del Ródano y el estrecho de Gibraltar (posteriormente el término *Iberia* se generalizará para afectar, en sentido geográfico, a la totalidad de la Península). Lo que entendemos por *iberización* es el proceso de adaptación por parte del mundo indígena de elementos nuevos aportados por los colonizadores —que son fundamentalmente griegos en nuestro ámbito—. Entre ellos, la escritura, las primeras acuñaciones monetales, el torno rápido en la cerámica o nuevas formas artísticas. En definitiva, la cultura ibérica es la manifestación final de ese periodo orientalizante marcado por el estímulo de los asentamientos coloniales fenicios y griegos, que se deja sentir ya en el s. VII en Etruria y en otras zonas del Mediterráneo occidental, con una cultura material que presenta rasgos reconocibles en el s. VI en Andalucía o Cataluña y que, a partir de la costa, tiene un desarrollo inicial más tardío en el valle del Ebro. Como conclusión, los pueblos indígenas entraron en el modo de vida mediterráneo, es decir, en el horizonte urbano y letrado. Los cambios, en un época de aumento demográfico, produjeron una acentuación de las diferencias sociales: surge entonces una auténtica «ideología principescá», expresada a través de la ostentación de bienes de prestigio por los elementos dirigentes, una tecnología progresivamente compleja y una jerarquización del poder que la arqueología pone constantemente de manifiesto.

Esa iberización carece de uniformidad en el territorio aragonés, siendo más intensa en la Tierra Baja y, en cualquier caso, hay que hacer notar la persistencia de los elementos anteriores de substrato. La arqueología, por otra parte, muestra que la introducción de los nuevos elementos culturales se realizó a través de intermediarios indígenas, sin el agente directo de los colonizadores en la cuenca central del Ebro.

#### 6.1. EL HÁBITAT Y LOS RESTOS MATERIALES

El conocimiento que tenemos de la cultura material de los pobladores indígenas en época ibérica viene dado por la arqueología. Puesto que las excavaciones no han afectado de manera uniforme al espacio aragonés, la información se caracteriza por la falta de uniformidad. Una serie de hechos parecen confirmados sin embargo. Entre ellos, un dinamismo demográfico que se nota en el aumento del número de asentamientos respecto de periodos anteriores. Al mismo tiempo, la aparición del nivel urbano se traduce en una clara jerarquización del territorio, con centros mayores de los que dependen otros. Un ejemplo puede ser el de San Antonio de Calaceite, que controlaría un territorio de explotación —entre los cursos bajos del Matarraña y del Algás— con poblados subsidiarios entre 6 y 12 kms. de radio (al otro lado del último río aparece el Coll del Moro de Gandesa como elemento catalizador). Un radio de control en torno a los 5 kms. tendrían El Poyo del Cid, Belmonte de Calatayud, Bíbilis, Azaila, Azuara, El Burgo y Fuentes de Ebro, El Cabezo de La Guardia de Alcorisa, El Castellillo de Alloza, La Romana de La Puebla de Híjar, El Palomar de Oliete, El Palao o El Tiro de Cañón de Alcañiz, El Pilaret de Sta. Quiteria en Fraga, Oliols, Las Castellazos de la Albelda y otros poblados diversos.

Los primeros indicios de cambios económicos y culturales se notan en la zona del Matarraña y del Algás en la primera mitad del s. V, con aportación definitiva del hierro, cerámica ibérica a torno o molino giratorio para grano. Surgen cambios poliorcéticos, y las fortificaciones de los asentamientos nuevos en la zona del Matarraña (Les Escodines, Torre Cremada, El Castellar) revelan una preocupación ante los peligros procedentes del Oeste que quizás quepa considerar como la plasmación de la frontera interior a que llegaron los *ileragautes* costeros citado por Hecateo de Mileto, historiador griego de fines del s. VI. Es la época en que algunos poblados de la I Edad del Hierro se destruyen o abandonan (Roquízal del Rullo, Tossal Redó, La Loma de los Brunos) coincidiendo con la introducción de los nuevos elementos culturales, mientras que otros continúan para experimentar una transformación a causa de éstos.

La cerámica es el elemento primordial de datación. Su aparición en los yacimientos es buen indicio de que las nuevas técnicas se generalizan

en la segunda mitad del s. IV. Con todo, el mayor desarrollo de la cultura ibérica se da en el s. III. Las operaciones de la Segunda Guerra Púnica afectaron profundamente a algunos poblados (San Antonio de Calaceite, Els Castellans de Cretas, Torre Cremada de Valdetormo...) del bajo valle del Ebro, con niveles de destrucción que aparecen también en otros yacimientos en época posterior, con ocasión de las campañas de Catón o de las guerras en la Celtiberia.

Los poblados y ciudades (el criterio de considerar como uno de los elementos del nivel urbano una extensión superior a 5 has. no parece del todo gratuito) aparecen en lugares de fácil defensa, con estructuras de fortificación y en la proximidad de cursos fluviales. Persiste en algunos casos el esquema hallstático de calle central, aunque en el s. III es clara la mayor complicación urbanística —como en Azaila o San Antonio de Calaceite—. Asimismo, la planta de la casa evoluciona desde esquemas rectangulares a cuadrangulares, señalándose en Azaila una última fase en la evolución de la arquitectura doméstica, con la introducción —ya debido a las influencias romanizadoras— de casas de tipo itálico con habitaciones adosadas a un patio central.

Tras la evidencia lingüística, la cerámica es el elemento que mejor define el carácter «ibérico» de la cultura que exhuman las fuentes arqueológicas, así como su intensidad y difusión. Por ella sabemos que la iberización afecta fundamentalmente al valle bajo y medio del Ebro (hasta La Huerva), el Sur de Huesca y el Este de Teruel. A los recipientes pintados con decoración geométrica a base de bandas —una de las características del impacto de lo orientalizante en el Mediterráneo oriental— sucederá el descubrimiento por los indígenas de la cerámica griega con figuras humanas. Ello motivará la aparición en Levante de una serie de centros productores que superan la mera adaptación de temas y composiciones para desarrollar una sensibilidad propia con un dinamismo muy sugerente (Elche y Archena, Verdolay, San Miguel de Liria y Oliva...). Las nuevas formas llegarán al valle del Ebro, y desde el s. III la decoración geométrica en tonos rojizos, marrones o grisáceos se completa con motivos vegetales, animales y humanos. Los centros claves se encuentran en la provincia de Teruel: Azaila, Alloza, Alcorisa y Oliete; desde ellos se difundirán los nuevos temas en el s. II hacia otras zonas. Con formas adaptadas del mundo griego, la cerámica ibérica persistirá hasta la época imperial romana en diversos yacimientos, apareciendo incluso en núcleos romanos de nueva creación (Celsa, Caesaraugusta). Desde fines del s. III, como resultado de la interacción del proceso romanizador, aparece, además, en numerosos yacimientos la cerámica campaniense, elemento clave en la datación de los restos arqueológicos.

Una de las manifestaciones más significativas de los cambios

ideológicos que se producen en esta época es la gran escultura ibérica en piedra. Aragón no presenta la riqueza a este respecto de Andalucía o el Sureste, pero contamos con ejemplos de tan claro interés como los caballos de El Palao (Alcañiz), el león de Monzón o, sobre todo, las estatuas de La Albelda de Litera.

## 6.2. LOS POBLADORES INDÍGENAS

La toponimia actual y, sobre todo, los importantes documentos epigráficos aparecidos, documentan un panorama lingüístico relativamente claro para el Aragón antiguo: un ámbito pirenaico, de lengua preindoeuropea; otro celtibérico, al Suroeste del conjunto regional; y otro en el Este, afectando la llanura del Ebro hasta Zaragoza, dominio de la lengua ibérica.

Los autores antiguos que escribieron sobre la conquista romana aluden a algunos pueblos en la primera de esas zonas. Es el caso de los jacetanos, nombrados por Estrabón y Plinio, con capital en *Iacca*; de los indoeuropeos susetanos en el Norte de Zaragoza, que llegarían con los grupos galo-belgas, los más recientemente introducidos en la Península (la toponimia actual de la zona revela diversos nombres sobre el sufijo céltico —*dunum*, «fortaleza»: Navardún, Gordún, Verdún). Y, más al Occidente, los vascones, que, centrados en Navarra, se expandirán desde inicios del s. II a. e. hacia el Este en perjuicio de los anteriores (Ptolomeo, el famoso geógrafo del s. II d. e., ya no habla de los jacetanos, y *Segia* —Ejea— o *Alaun* —Alagón— aparecerán como ciudades vasconas).

La mayoría de los estudiosos están de acuerdo en la existencia de un substrato lingüístico pirenaico muy antiguo, que algunos definen como vasco-aquitano. A él pertenecería la lengua de los vascones y la de los jacetanos (y de él descendería el vasco actual, que ha persistido en una zona escasamente afectada por la romanización, al menos en lo lingüístico). La explicación de numerosos topónimos altoaragoneses es convincente a partir de sufijos (*-berri*, *-gorri*, *-erre...*) o de radicales (*abi-*, *etxa-*, *larre-*, *zuri-*, *arri-*, *arte-*) del vasco actual. Tales nombres pertenecen, pues, al substrato pirenaico mencionado y no cabe explicarlos como resultado de la expansión vascona hacia el Este. En cualquier caso, ese substrato lingüístico —llámesele pirenaico, vasco-aquitano o paleo-vasco— se encontraba ya formado a la llegada de los romanos. Se trata de una lengua preindoeuropea que posteriormente recibió numerosos aportes célticos y latinos, y no puede indentificársela con la lengua ibérica —con la que mantiene, por otro lado, contactos debido a la proximidad—.

La cubeta del Ebro, hasta *Salduie* y los valles de La Huerva y el Aguas Vivas, es el asiento de los pueblos ibéricos. Al Norte de aquél, no

obstante, entre las Cinco Villas y el curso inferior del Gállego, testimonios diversos antiguos y modernos documentan gentes indoeuropeas, galos, no mencionadas como pueblo específico por las fuentes literarias. Posiblemente su llegada se realizaría —como la de sus vecinos suesetanos— en el grupo belga (aunque nada impide pensar que su presencia fuera posterior). De ellos tenemos documentación epigráfica, numismática y onomástica antigua (*Gallicus flumen*, *Gallicum*, *Forum Gallorum*, *Gallica Flavia*, *pagus Gallorum*) y moderna (Magallón, Gallur).

Entre los pueblos específicamente ibéricos hay que citar a los ilergetes, los ilergavones y los sedetanos. Los dos primeros constituyen probablemente escisiones del antiguo tronco de los ileragautes costeros, habitando los ilergavones el bajo Ebro a partir del Matarraña. En cuanto a los ilergetes, situados entre el Segre medio y el Gállego, constituyen el elemento más dinámico e importante de la zona, en plena expansión a la llegada de Roma. Sin localizar su capital, *Atanagrum*, les pertenecían las ciudades de *Bolskan* (Huesca), *Itirta* (Lérida), *Burtina* y *Celse* (Velilla de Ebro). Los sedetanos tenían su centro de gravedad en el Bajo Aragón, entre el Martín y el Guadalope. Situados al Sur del Ebro, sus límites vendrían marcados por los ríos Huerva, Aguas Vivas, alto Guadalope y Matarraña. Entre las ciudades que Ptolomeo les atribuye figuran *Salduie* (Zaragoza), *Arsi* (por la Puebla de Híjar), *Damania* (Hinojosa de Jarque), *Leonica* (Mazaleón), *Etobesa* (por Mequinenza) o *Seteisken*. Todas estas gentes hablaban la lengua ibérica, que se extendía por la costa mediterránea desde Montpellier a Andalucía. En territorio aragonés llegaba hasta el valle de La Huerva, según se desprende de la onomástica de los bronce de Ascoli y Botorrita y de diversas inscripciones (Alloza, Albalate, Azaila, Oliete, Cretas, Calaceite, La Iglesuela del Cid, Caspe, Fraga o Binéfar). Estas contienen una lengua no indoeuropea cuya lectura no ofrece problemas, aunque sí su traducción—. El alfabeto que la expresa, utilizado también en inscripciones celtibéricas de lengua indoeuropea, fue elaborado probablemente en Levante en el s. V, procedente del fenicio, con influencias griegas —jonias sobre todo—. En realidad es un sistema mixto de 29 signos alfabéticos y biliteros —éstos en oclusivas—, que se lee de izquierda a derecha (al contrario que la variante del Sur de la Península).

La Celtiberia aragonesa afecta a la parte occidental de los territorios al Sur del Ebro. El carácter indoeuropeo de estos pueblos viene ya dado por el nombre que les aplican las fuentes clásicas, *keltiberoi* o *celtiberi*, es decir, «celtas de Iberia» (entendida ésta en sentido geográfico). De la abundante información existente, motivada por las guerras de conquista que lleva a cabo Roma, se revela una clara expansión demográfica y un dinamismo político, abortado por aquélla, en gentes que fueran utilizadas por los cartaginenses como mercenarias. Las fuentes reflejan una división

global de la Celtiberia en Citerior (los valles de Jalón y Jiloca sustancialmente, es decir, la parte aragonesa) y Ulterior (altos valles del Duero y Tajo, serranías de Guadalajara y Cuenca) que no es arbitraria: los celtíberos citeriores manifiestan unas influencias culturales más marcadas del ámbito ibérico y fueron afectados antes por la romanización. La ubicación de sus diversos pueblos sigue presentando problemas, debido en parte a la propia contradicción de las fuentes. Parece, en todo caso, que los lusones ocuparían la parte más occidental, desde la zona del Moncayo —donde Ptolomeo localiza a unos celtíberos que tienen a *Bursao* (Borja) y *Turiaso* (Tarazona) como núcleos claves— al alto Jalón o las fuentes del Tajo. Más al Este se encontrarían los belos, que aparecen cada vez más como elemento mejor definido de la zona: a ellos pertenecerían las ciudades de *Segeda* (su capital, en Belmonte del río Perejiles), *Bilbilis*, *Contrebia Belaisca* (Botorrita), *Beligio* (Azuara), *Belais* y *Belgeda* (entre Huerva y Aguas Vivas). En cuanto a los titos, probablemente se encontraban en su vecindad.

Conocemos bastante satisfactoriamente la lengua celtibérica gracias a más de medio centenar de inscripciones que utilizan como soporte mayoritario el bronce —frente al plomo usado en el ámbito ibérico—. Entre los aragonesas destacan —junto a las téseras de hospitalidad— el Bronce de Botorrita y las inscripciones rupestres de Peñalba de Villastar (Teruel). El límite con la lengua ibérica vendría fijado por una línea que, arrancando de *Salduie*, iría por la cuenca media del Aguas Vivas, la Sierra de San Just y la zona de Teruel. El celtíbero presenta un carácter arcaizante en el seno de las lenguas célticas, con filiación más claramente goidélica que britónica, aunque con rasgos britónicos. En el caso de que se tratara de un dialecto ya formado cuando sus hablantes penetraran en la Península, lo que no está comprobado, sería posterior a otra lengua indoeuropea no céltica —el lusitano— hablada por gentes en el Noroeste y el Oeste peninsular.

### 6.3. ORGANIZACIÓN SOCIOECONÓMICA E IDEOLOGÍA RELIGIOSA

Los pueblos indígenas del ámbito aragonés presentan, cuando se produce la intervención romana, unas formaciones sociales en estadio de transición entre una organización de tipo tribal y otra de carácter estatal, poliado o urbano que se irá haciendo más intenso conforme se vaya ampliando el contacto cultural con Roma. Según una interpretación tradicional, los pueblos del área ibérica se caracterizaban por una organización de ciudades-estado, con regímenes monárquicos que reflejaban el impacto de las altas culturas mediterráneas traídas por los colonizadores. Mientras que los celtíberos (al igual que el resto de la España indoeuropea) tendrían una organización social de tipo gentilicio (en la que el parentesco sigue siendo el elemento definidor por



excelencia), con una economía esencialmente ganadera y una organización política expresable a través de una «democracia de tipo militar».

Sin embargo, las diversas informaciones a nuestro alcance indican a las claras que el área celtibérica estaba superando ya esa organización tribal a la llegada de Roma. Al igual que en el mundo ibérico, aparecen auténticas ciudades como centros de producción y reproducción de cultura. Lo indica el tamaño, la estructura y la funcionalidad del hábitat, la acuñación de moneda de plata (*Segeda, Turiaso*) o bronce (*Bilbilis, Bursao*), la organización del gobierno y las magistraturas. En la onomástica de las inscripciones que aparecen en la Celtiberia persiste, ciertamente, la mención del gentilicio en genitivo plural; pero dicho gentilicio ya no tiene el carácter del clan (en el sentido de espacio social estructurado por el sistema de parentesco en un marco territorial fijo), sino de una organización suprafamiliar de 3 a 5 generaciones. Además, se expresa ya la filiación personal y la *origo* o procedencia geográfica del individuo.

Una institución social muy arraigada en la Celtiberia —como en general en la España indoeuropea— es la del pacto de hospitalidad (*hospitium*) que se establece entre individuos y comunidades y que se plasma en téseras de bronce que guarda cada una de las partes. La tésera Froehner, aparecida en las inmediaciones de Botorrita, presenta un texto bien ilustrativo, —*Lubos alisokum aualo ke Kontebias Belaiskas* (es decir, «Lubos, de los Alisos, hijo de Avalos, de Contrebia Belaisca»)— del sistema onomástico a que antes se hacía referencia. Junto a la hospitalidad, las clientelas de tipo militar jugaron un papel importante en el mundo indígena. Con ellas se relaciona otra institución, bien arraigada especialmente en el ámbito ibérico: la de la *deuotio*, que, sobre una práctica de raíces religiosas, implicaba la plena dedicación a un caudillo por parte de individuos —los *soldurii* de los textos latinos— que se comprometían hasta el punto de no sobrevivirle en el combate.

La organización política aparece claramente jerarquizada. En el mundo ibérico se atestigua la presencia de reyezuelos (como los famosos ilergetes Indíbil y Mandonio); asambleas ciudadanas se citan diversas veces (como en *Segeda*, la capital de los belos) y los bronces de Botorrita atestiguan la existencia de un «Senado» y de magistrados urbanos. El bronce celtibérico de Botorrita (de cuya extraordinaria importancia da cuenta el hecho de que se trate del más largo texto en lengua céltica aparecido hasta la fecha) contiene en su cara A un documento público en el que se toman decisiones o se dan avisos que emanan de una institución colectiva cuyos miembros —los magistrados o personajes que aparecen en la cara B— se enumeran con el mismo sistema onomástico antes mencionado. En esta cara hay 4 términos (*lubinas, akainas, nouantutas,*

[...]kontas) que pueden ser subdivisiones internas del grupo social urbano o entidades de población menores subordinadas a Contrebia (según esa jerarquización del hábitat tan característica de la época). En definitiva, estos documentos muestran cómo el individuo se define por su pertenencia a un grupo familiar, pero formando parte de una comunidad política urbana independiente, al menos de forma clara en la Celtiberia citerior (que es la que coincide con el territorio aragonés).

Los pueblos indígenas en época ibérica presentan una economía mixta que ha superado ya el marco del régimen comunitario, como prueban las diferentes marcas de propiedad individual en objetos diversos. Las excavaciones muestran una agricultura de trigo y cebada en los pueblos del Valle, y el bronce latino de Contrebia —aunque para el s. I a. C.— revela una explotación intensiva a base de regadíos (previsiblemente se cultivaban también la vid y el olivo). Es muy importante asimismo la ganadería y el ciclo de la bellota en las tierras altas, y las fuentes alaban la calidad de los jamones jacetanos o de los ovinos de la Celtiberia. La actividad extractiva de mineral de hierro debía ser muy activa en la zona del Moncayo, como prueban las escorias de muchos yacimientos. Los asentamientos muestran igualmente la importancia de la manufactura textil de tipo familiar (aunque en determinados ciudades sería de propiedad estatal, como parece indicar al abreviatura *Bil* que aparece en una pesa de telar de *Bilbilis*).

En ese panorama de renovación económica, con un volumen creciente de los intercambios comerciales, se hacía necesaria la objetivación de un medio de cambio y de pago. Es así como surgen las acuñaciones monetales, que primero imitan las dracmas de plata griegas de *Emporion* (en *Celse*, por ejemplo), y que se van a incrementar con la pacificación de la Celtiberia y con la presencia de las tropas romanas. Pero, ya desde principios del s. II, la moneda implica una afirmación de ideología política (en el sentido de independencia o autonomía estatal) y contribuye a unificar las diversas zonas con el establecimiento de un alfabeto (el ibérico del Nordeste), un patrón (denario de plata y as de bronce romanos) y unos tipos comunes. Los letreros aluden a la ciudad o a sus habitantes, y en ocasiones a una previsible dependencia (como *Iaca*, *Sekia*, o *Sesars* respecto de *Bolskam*). Las cabezas masculinas con delfines y el jinete con lanza o palma definen los tipos.

La reconstrucción del horizonte mental y de la ideología religiosa de estos pueblos indígenas se encuentra, por último, seriamente dificultada por la escasez de fuentes directas, a lo que se añade el carácter sincrético que presentan buena parte de las creencias por las influencias debidas a los elementos coloniales y romanizadores, y el hecho de que los autores clásicos cuando informan de aquéllas lo hacen traduciéndolas a sus

propios conceptos o terminología. Sobre una base de cultos naturalistas, las influencias coloniales operarían una personificación de las fuerzas y poderes cósmicos. La epigrafía nos da un escaso elenco de nombres de divinidades: así *Lugus* (Lug), uno de los dioses más importantes de la antigua Céltica —ha dejado más de una treintena de topónimos actuales en Europa—, con un importante santuario en Peñalba de Villastar (Teruel); *Sarnikios*, *Tokoitos* y *Neitos* son mencionados en el Bronce de Botorrita (éste último, deidad de carácter solar, se documenta también en el ámbito ibérico como *Neitin*, tal como muestra la inscripción del monumento de Binéfar). La Gran Diosa, elemento uno de los más significativos en la religión de los iberos, presenta diversas manifestaciones en terracotas (Castelillo de Alloza) o escenas cerámicas, y quizás se relacionen con ellas diversos cultos atestiguados en cuevas (como en Mora de Rubielos). Una característica general, lo mismo en el mundo ibérico que en el indoeuropeo, es la ausencia de templos propiamente dichos; el espacio sagrado está siempre al aire libre. Un texto de Silio Itálico revela para los celtíberos la creencia en la inmortalidad de las almas y la ubicación astral del Más Allá: alude a un rito de exposición de los cadáveres de los guerros muertos en combate, cuya base es la creencia de que, al ser devorados por los buitres —animales psicopompos— sus almas remontan así a los cielos (la arqueología confirma estas ideas también para el ámbito ibérico —estela de El Palao, Alcañiz, y monumento de Binéfar—). La ideología funeraria se expresa a través de un ritual de incineración en necrópolis, con excepciones como las inhumaciones de niños en el suelo de las casas de determinados yacimientos. Y, sobre todo, a través de la apoteosis o heroización de las élites dirigentes, bien claramente puesta de manifiesto por las esculturas de La Albelda lo por los bronceos aparecidos en Azaila.

## **BIBLIOGRAFIA**

Una consulta más detallada sobre estos temas, con abundante bibliografía, en F. MARCO, «Aragón prerromano», *Historia de Aragón*, I Zaragoza, 1985, pp. 140-180, y «La romanización» *ibid.*, II, 1985, pp. 11-46.4, asimismo, *vid.* AA.VV., *I Simposium sobre los Celtíberos, Daroca (Zaragoza), 24-26 de abril de 1986*, I.F.C., Zaragoza, 1987; F. BURILLO, J. A.; PEREZ CASAS, y M.L. DE SUS (eds.), *Celtíberos*, D.P.Z., Zaragoza, 1988.